

Domingo 4 de julio de 1993
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 11,25-30

Revelaste estas cosas a los pequeños

En la liturgia de este domingo se nos propone una página bellísima del Evangelio en que se presenta a Jesús alabando a su Padre: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños". ¿Cómo no recordar aquel Salmo que dice: "Bendeciré al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca... ¡que los humildes lo oigan y se alegren!" (Sal 33,2)?

Ese Salmo tiene cumplimiento aquí: los humildes escuchan a Jesús bendecir así a su Padre y se alegran. En efecto, Jesús declara que la comprensión de "estas cosas" que él anuncia no se concede a los sabios e inteligentes de este mundo, sino a los pequeños. Los sabios e inteligentes son los que confían en el poder de su inteligencia para explicar toda la realidad. Es verdad que el hombre ha llegado a penetrar los secretos del átomo y las inmensidades del espacio; pero "estas cosas" -las cosas a las cuales se refiere Jesús- no las puede alcanzar si no le son dadas por Dios y Dios las da solamente a los humildes: "Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito".

¿Cuáles son "estas cosas"? Con el uso de su inteligencia y gracias a su esfuerzo el hombre puede alcanzar las verdades científicas y las verdades matemáticas. Esas verdades son a la medida de su capacidad; son verdades naturales. El hombre puede conocer esas verdades con nitidez. Pero las verdades sobrenaturales, las que explican el sentido de su vida, su origen y su destino, el fundamento de su existencia y su ubicación en el universo, estas verdades son concedidas al hombre como un don gratuito y Dios se ha complacido en concederlas a los humildes. Estas verdades deben ser acogidas en la fe. Que Dios creó el universo y el hombre a partir de la nada, que tanto ama al hombre que envió a su Hijo único para salvarlo del pecado, que Jesucristo es el Hijo de Dios y Dios verdadero, que nació de una Virgen y que su muerte fue un sacrificio que Dios aceptó por el perdón de los pecados, que resucitó y ahora reina en el cielo, aunque está presente en su Iglesia, y que vendrá al fin de los tiempos con gloria a poner fin a la historia humana, a todo esto se refiere Jesús cuando dice "estas cosas".

Si algunas de las cosas que hemos enumerado u otras del mismo género que enseña la Iglesia (en efecto, Jesús dijo: "El que a vosotros oye a mi me oye") le resultan oscuras a alguien, no debe precipitarse a examinar muchos libros o consultar las opiniones de los especialistas, sino examinar la humildad y la bondad de su corazón. Es el consejo que nos da San Pedro: "Revestíos todos de humildad en vuestras relaciones mutuas, pues Dios resiste a los soberbios y da su

gracia a los humildes" (1Pet 5,5). Por su parte Jesucristo, el maestro supremo de estas cosas, que enseña sobre todo con su ejemplo, nos exhorta: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas". Se refiere al descanso que concede la posesión de la verdad, no de la verdad científica, sino de esa verdad que da sentido a nuestra vida.

Las verdades científicas y matemáticas son poseídas por nuestra inteligencia con mucha claridad y nitidez; pero son mucho menos firmes que las verdades de fe e insiden mucho menos en nuestra vida. En efecto, nadie está dispuesto a dar su vida por una verdad matemática. Muchos, en cambio, han dado su vida por las verdades de la fe. Las verdades de la fe pueden ser menos claras e imposibles de verificar empíricamente; pero son mucho más firmes, muchos más ciertas e inciden mucho más en nuestra vida.

San Agustín es el más grande Padre y Doctor de la Iglesia y es tal vez el más grande comentarista de la Sagrada Escritura. Reúne las dos condiciones fundamentales: una inteligencia preclara; pero, sobre todo, una gran santidad de vida. En "Las Confesiones" explica que su primer contacto con la Escritura fue desilusionante: se acercó a ella como el retórico crítico que era, y la Palabra de Dios se le hizo impenetrable. Después de su conversión, se acercó a la Escritura con otro espíritu y descubrió en ella los infinitos tesoros de la sabiduría de Dios, como lo demuestran sus hermosos comentarios.

San Agustín expresa esta experiencia suya por medio de una imagen: la Escritura es un magnífico palacio lleno de los más espléndidos tesoros; pero su entrada es baja y si alguien quiere entrar, no tiene más remedio que inclinarse, es decir, hacerse pequeño. En Las Confesiones escribe: "Me volví a las Sagradas Escrituras para ver cómo eran. Y he aquí lo que veo: un objeto oscuro a los soberbios... Un ingreso bajo, después un corredor excelso y envuelto de misterios. Yo no era capaz de doblegar el cuello y plegarme a su andar... Tuve la impresión de una obra indigna de la majestad ciceroniana. Mi orgullo se horrorizaba de su modestia y mi vista no penetraba su interior. Esa obra, en cambio, está hecha para crecer con los pequeños; pero yo no me dignaba a hacerme pequeño e, inflado de orgullo, me creía grande" (Conf. 3,5,9).

La humildad es una virtud que no sólo agrada a los hombres sino que entusiasma y conmueve al mismo Dios. Por eso la Virgen María halló gracia a sus ojos: "El Poderoso ha hecho en mí cosas grandes, porque ha mirado la humildad de su esclava" (Lc 1,48-49). El Evangelio insiste en que ella "guardaba estas cosas meditandolas en su corazón" (Lc 2,19.51).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción